

# Apreciaciones en torno a la traducción al francés de la palabra *cursi*

*Emilia ALONSO*  
*Manuel RUBIALES*  
*Universidad de Sevilla*

## **1.- APRECIACIONES SOBRE LA PALABRA «CURSI» EN ESPAÑOL**

Una palabra tan rica y arraigada en la conciencia de los españoles de este siglo - la palabra «*cursi*»- nos ha llevado a pensar sobre su significado y traducción al francés después de regulares conversaciones con amigos y profesores francófonos desde hace años; la palabra «*cursi*» se nos aparecía en ellas terca y tenaz: «no seas *cursi*», «¡qué torero tan *cursi*!» «¡qué cursilería de novela!» - decíamos sobre esto y aquello- y nuestros amigos francófonos nos interrogaban con curiosidad sobre la traducción de un concepto tan escurridizo y ubicuo.

Nosotros, los autores de esta comunicación, eramos sendos españolitos de posguerra de clase media funcionarial que creíamos saberlo todo acerca de una palabra oída de nuestros padres y amigos de nuestros padres; era una palabra (un insulto era) que nos situaba al otro lado del espejo y hacíamos uso de ella como quien sabe desde niño ceder el asiento con naturalidad o chapurrear francés. Nosotros, desde luego, no nos considerábamos para nada «*cursis*» y, desde la atalaya de nuestras precarias fronteras, juzgábamos con severidad a los impostores que osaban husmear por las incipientes rendijas de clases y estratos sociales de los primeros sesenta. Así, de acuerdo con lo que habíamos oído e interpretado desde el otro lado, condenábamos como «*cursis*» a los impostores :»Ese, eso, tú, vosotros, ellos, sois *cursis*».

Todo esto ocurrió hace mucho tiempo; vinieron poco a poco los años, las transiciones; llegaron los amigos y colegas que hablaban francés y, siempre, con incómoda frecuencia, la palabra «*cursi*» se nos presentaba, embarazoso huésped, en cenas y tertulias; la consulta de los diccionarios-etimológicos, analógicos, de uso...- era cansina, aproximada, infructífera y nuestros invitados seguían, en los postres, sin saber de qué iba la cosa; nosotros, por nuestra parte, nos mirábamos de hito en hito desde el otro lado del espejo y considerábamos sombríamente la posibilidad de regresar del país de las maravillas (donde ciertas palabras se inventan) a aquel otro país donde la palabra no había sido inventada.

Creíamos saberlo todo de una palabra heredada y contemporánea de una sociedad donde los límites sociales estaban más vigilados que los de ahora;

nuestros abuelos, nuestros padres y nuestros profesores de colegio de pago nos habían inoculado la palabra como una vacuna para inmunizarnos del acoso plebeyo de estratos emergentes con riesgo de promiscuidad. Inconsciente e involuntariamente (no es lo mismo) la palabra permanece en nuestro vocabulario sin que ninguno de los dos hayamos advertido hasta ahora la textura clasista con la que está untada e investida. Mi colega y yo, después de haber elegido jovialmente el tema de esta comunicación (sin saber dónde nos metíamos) hemos aprendido que era una palabra tal vez intraducible para nuestros colegas y amigos. Ocurría, sencillamente, que éstos desconocían desde cuándo, desde dónde y por qué la proferíamos.

¿Se puede traducir aquí y ahora? Quién sabe. Nosotros, por nuestra parte, vamos a realizar un esfuerzo honesto para regresar al lado de un espejo donde nunca hemos habitado imaginariamente y por donde trataremos de movernos como mejor podamos. No desdeñéis, por favor, lo que de literario (y personal) pueda tener nuestra aventura; después de todo, aquellos años de la pérgola, el tenis y los veraneos interminables en las casi desiertas playas del sur han cambiado tanto como cambiando está la identidad de la palabra «cursi» y como hemos cambiado nosotros mismos: extraña palabra ésta, es verdad, despótica, fronteriza como ella sola y que ingenuamente creíamos inmóvil como una estatua en el paisaje de nuestras ilusorias relaciones con la geografía social, cultural y verbal de aquellos imaginarios años.

Nuestros hijos y sobrinos (y nuestros alumnos) la utilizan de forma distinta a la nuestra de entonces; no ha desaparecido de su vocabulario, no, aunque hemos creído comprobar a lo largo de esta curiosa investigación que no es sólo un problema de significado o de traducción de lo que se duele (!fue toda una visión del mundo!) sino que, por su propia edad, la palabra «cursi» está sometida en estos momentos a un proceso de cambio de registro, de reciclaje y de reconversión: de su uso indiscriminado en los registros orales y escritos, se nos está deslizando a un uso más limitado al registro escrito, si bien nuestros mayores (los que van quedando) y nosotros mismos la utilizamos todavía malévolamente en el registro hablado como árbitros de la elegancia: nuevos vocablos, nuevos centinelas inventados por estas generaciones compiten con ella y la marginan en el lenguaje de la calle y los salones en estos años interclasistas. Pero, adelantémoslo: está desactivada.

### **1.1.- Leyenda y etimología**

El objeto de nuestras cuitas está impregnado de literatura, como buen personaje de novela, pues es incierto su origen.

Hay una teoría divertida que se remonta a un sainete de Javier de Burgos, *La Familia de Sicur*; esta familia, típicamente cursi, como sugiere el anagrama de su apellido, habría sido objeto de cachondeo generalizado en los corros del Madrid de finales de siglo; los chiquillos, a su paso, corrían tras ellos gritando: «si-cur si-cur-si-cur-si-cur-si...» del mismo modo que, bajo las bóvedas de esta antigua Fábrica de Tabacos, las cigarrereras coreaban «bron-ca-bron-ca-bron-ca-bron»... cuando a un macho despechado se le ocurría venir a pedir cuentas de amores en un recinto abrumadoramente ocupado por mujeres... Corominas, en

fin, tras citar el lance, cree zanjar el asunto y, advirtiendo el origen oscuro de nuestra protagonista, propone una cuna que nosotros damos como suficiente: sería un vocablo «semi-jergal», documentado en 1865 que aparece por primera vez en Andalucía y proviene del árabe marroquí. En esta lengua «kursi» significa «figurón», «persona importante» como metáfora de «silla» que por contigüidad semántica, se registra en el sentido de «ciencia», «saber», «sabio», «docto» y desgraciadamente para nosotros, «cátedra de profesor» o, desgraciadamente también, «predicador». De ahí, para colmo de las desgracias, pasaría a «pedante», «presuntuoso», «afectado» y «ridículo».

Para justificar el desliz(amiento) de «silla» a «persona pedante, presuntuosa, afectada y ridícula» hay que decir que «kursi», en magrebí, no es una silla cualquiera sino que tiene el sentido de «asiento de aparato», el trono de un soberano, el sillón solemne donde se hace sentar a la recién casada en las ceremonias nupciales. Podemos imaginar sin esfuerzo, andaluces como somos, los exornos, volutas y caprichos con que la escueta silla primordial estaba vestida para pasar a significar lo que luego significa: «dícese de la persona que pretende ser fina y elegante sin conseguirlo o de lo que con pretensión de elegancia o riqueza es ridículo y de mal gusto» (RAE, Casares, María Moliner, con inapreciables variantes).

## **1.2.- De Benavente a Ussía**

Jacinto Benavente estrenó en 1903 *Lo Cursi*, comedia en tres actos dedicada a Benito Pérez Galdós (a quien por la misma época Valle-Inclán llamaba sin compasión «Don Benito el garbancero»).

La acción transcurre en Madrid, en la elegante mansión del Marqués de Villa de Torres; es evidente que si el dramaturgo eligió título y tema para satirizar el concepto, «lo cursi» debió hacer furor en la alta sociedad y burguesía de comienzos de siglo.

Lo que más nos ha llamado la atención sobre el concepto que Benavente tenía de la palabra es su implicación en el terreno de los sentimientos, donde por aquel entonces parecía tener su más popular aceptación. Así, desde el primer acto, se contraponen «lo cursi» y «lo castizo» saliendo a colación una comedia que Agustín, «literato modernista y decadente», tilda de «cursi»; Flora- una «castiza»-tercia a favor de la comedia («a mí me hizo llorar, confiesa») y el Marqués apoya su emoción con estos argumentos:

MARQUES.- Pero usted es de otro tiempo. Ahora habrá usted observado que la mujer no llora en el teatro. Alguna pobrecilla de la galería. El público selecto sólo tolera el arte como bufón que divierta; si pretende conmover, lo llama cursi, si pretende hacer pensar, «latero» (...) La invención de la palabra «cursi» complicó horriblemente la vida.

Antes existía lo bueno y lo malo, lo divertido y lo aburrido, a ello se ajustaba nuestra conducta. Ahora existe lo cursi, que no es lo bueno, ni lo malo, ni lo que divierte ni lo que aburre; es...una negación, lo contrario de lo distinguido; es decir una cosa cada día porque en cuanto hay seis personas que piensan y hacen lo mismo, ya es preciso ser distinguido; y por huir de lo cursi se hacen tonterías, extravagancias..., hasta maldades (...) porque maldad es disfrazar los senti-

mientos y por no parecer cursi, los disfrazamos y obligamos a los demás a disfrazarlos»

Observamos con satisfacción que hubo un «antes» y un «después» de la palabra «cursi» y que el Marqués habla de ella ni más ni menos que como de «invención» que viene a « complicar la vida», y a complicarla «horriblemente». El Marqués diagnostica la personalidad clasista de la palabra al oponer a la «pobrecilla de la galería» que lloraba sin pudor durante el melodrama al «público selecto», que no puede ni debe sentir o padecer; lo cursi es «una negación», lo no marcado (eso que limita, eso que restringe, eso que desplaza) e implica una categoría moral cargada de impostura, de narcisismo y de neurosis: «maldad es disfrazar los sentimientos»; hoy se diría, con mayor propiedad, que disfrazar los sentimientos es sencillamente enfermizo.

Lo cursi afectaba de lleno a la represión de los sentimientos, a su falsificación en beneficio de actitudes de grupo y sectarias; en adelante, la palabra se centró progresivamente en los hábitos, conductas y modas de las personas: una determinada clase social (pasemos ya al franquismo: no creemos que durante la República o la Guerra los españoles tuvieran tiempo para pensar en estas cursiladas) dicta las reglas según las que se puede pasear por sus circuitos; quienes las desconocen tropiezan sin parar pues los dichos(os) circuitos están sembrados de minas y los pocos diestros tropiezan y se engañan haciéndose especularmente papilla. Releamos los libros de relatos de Elena Fortún, los libros de Celia y sus amigos, Matonkiki, Paquito, Cuchifritín... para ver con cuánta sensiblería, inteligencia y buen gusto está retratada una sociedad donde lo cursi está y no está: tabú, transgresión, lucha abierta. El cisma, y con él la decadencia y metamorfosis de la palabra, se hace inevitable cuando la frontera entre las clases sociales se mostró indulgente y benévola -a la fuerza ahorcan- y el cosmos casero del ser, el no ser y el querer ser se convirtió en un damero maldito que necesitó de un tratadista al uso que viniera a descifrarlo.

No sé si los sociólogos habrán tenido en cuenta el éxito memorable que el *Tratado de los buenos modales* (I, II y III) ha tenido en nuestro país. Alfonso Ussía ha sacado desde luego buena tajada de la toma del palacio de invierno por parte de la pequeña burguesía donde estaban tan tranquilos los mayores. Ussía se aprovecha de la contaminación para poner al servicio de unos y otros toda una artillería ligera y cínica que tranquilice a éstos y eduque y estimule a aquéllos con el común alivio de invasores e invadidos. Si los sociólogos hicieran un estudio estadístico comparado del estatus social de los compradores de estos dudosos panfletos seguro que nos llevaríamos más de una sorpresa. ¿Quiénes han pasado más por taquilla?, ¿quiénes son los humillados, quiénes los ofendidos, quiénes los cornudos, quiénes los apaleados? En la sección de libros de las grandes superficies, como dicen que se dice ahora, ahí los queríamos ver, a unos y otros, abigarrados y confusos, comprando el libro como un «camino», para asegurarse si se debe ir a la ópera, practicar el esquí, tener teléfono móvil o qué calcetines llevar.

### **1.3.- De lo «cursi» como categoría estética**

Es una palabra sobre la que es necesario interrogarse si no es utilizada espontáneamente; en nuestras conversaciones con los colegas francófonos,

cuando queríamos explicar su significado recurriamos a los ejemplos. ¿Qué es cursi?, ¿la música de Julio Iglesias?, ¿Julio Iglesias?, ¿la poesía de Bécquer o de Verlaine?, ¿Antonio Gala?, ¿la escritura de Antonio Gala?, ¿el rococó?, ¿Mireille Mathieu?, ¿Nieves Herrero?. Sí y no: si no era localizada en su utilización espontánea, nos resultaba complicado encontrar ejemplos adecuados. Hace unos meses el profesor y escritor andaluz Vaz de Soto reflexionaba sobre lo cursi en un artículo después del atentado que sufrió José María Aznar y del que salió milagrosamente ileso; cuando su mujer llegó al hospital y vio a su marido, se echó a llorar; Aznar le dijo: «no llores, envejeceremos juntos». «¿Es cursi la frase?» -se pregunta Vaz de Soto quien responde afirmativamente proponiendo la que debería haber dicho el líder de la oposición: «no llores, llegaremos a viejos»; nosotros, árbitros de la elegancia, llegamos al extremo de enmendar la plana al colega y escritor aseverando que incluso esta frase es algo cursi, proponiendo que ese «no llores» debe ser sustituido por un «tranquila, llegaremos a viejos» pues así de inmoral -como decía Benavente- es el ámbito donde nuestra palabra se mueve y dicta sus designios.

### **1.3.-Más de lo mismo**

En el registro escrito, en el terreno de la crítica divulgativa es donde la palabra se siente en estos momentos más robusta; durante estas últimas semanas, además del de Vaz de Soto, hemos encontrado algunos ejemplos que vamos a resumir brevemente: se dice que es cursi el lenguaje de la crítica futbolística que en vez de decir «el equipo ataca pero no mete un gol», dice «el equipo se mueve con decidida vocación ofensiva pero no concreta»; los aficionados (sevillanos) acostumbran a tildar de «cursi» al matador (valenciano) Enrique Ponce; alguien escribe al director de EL PAIS y le pregunta si los redactores habituados a utilizar la «moda del archisílabo» («competitividad» en vez de «competitividad», «culpabilizar» en vez de «culpar») son cursis, ignaros o esnobs» (observamos, ya, que «cursi» y «esnób» no son sinónimos); la película «Un paseo por las nubes», en fin, es calificada, como su horrible título merece de «cursi melodrama rural». La actriz Victoria Abril (cargada de razón) se queja en una entrevista radiofónica de que si dice «mamada» le dicen «borde» y que si dice «fellatio», «cursi». ¿En qué quedamos entonces?. Sea como fuere, la palabra está hoy día, tal como adelantábamos, «desactivada»: desprovista del peso de culpa y oprobio que la vistió durante décadas y, si no hoy, muy pronto, se desplazará, vestigio inocuo, de un registro familiar a un registro especializado en los diccionarios: será una palabra más cuando a todos los que aún respetamos su centenario abolengo la muerte nos vidrie de los ojos el cristal.

## **2. PROPUESTAS DE TRADUCCIÓN**

Una vez confesadas estas reflexiones socioculturales vamos a centrarnos en su traducción al francés. Todos sabemos que la operación traductora se sitúa en el plano del discurso y exige conocimientos no verbales, acumulados por la experiencia; dado que el proceso de comprensión es primordial, confiamos en que nuestras apreciaciones sobre la palabra «cursi» nos ayuden a encontrar alguna traducción.

«Todo se puede traducir», suele decirse en traducción (el profesor Rubiales lo duda) pues lo que se traduce no es la lengua sino el sentido captado por el contexto no verbal; lo que varía son las soluciones: explicación, adaptación...

Así las cosas, intentaremos, a través del análisis de los diccionarios bilingües, demostrar cómo en la mayoría, por no decir en todos los casos, las traducciones propuestas son incorrectas y, a veces, ni siquiera aproximadas.

Estas traducciones son las siguientes: «de mauvais goût», «guindé», «chichiteux», «maniéré», «crâneur», «poseur», «pimbêche», «mijaurée» y «snob»; consideraremos, al final, ciertas traducciones de la lengua oral como «cul-cul», «ringard», y locuciones como «bon chic bon genre», «faire du genre» y «se la jouer».

La primera traducción que aparece siempre en los diccionarios es «de mauvais goût», locución que dice mucho y dice poco al no haber franqueado el umbral de la metáfora y permanecer en un registro primitivo, descriptivo, arcaico y del que tenemos equivalente exacto en español.

Nos ha llamado la atención el hecho de que entre las traducciones propuestas las haya que sólo se utilizan en femenino y que todas, salvo las de registro oral, califican o determinan personas. «Cursi» es mucho más ambicioso pues se aplica a personas, animales, cosas, comportamientos, estilos y categorías artísticas; «cursi», aplicado a personas, implica además un querer y no poder que no se aprecia en las palabras francesas que pretenden traducirla.

«Pimbêche» y «mijaurée» (ambos femeninos) significan «femme qui prend de grands airs, à la fois prude et maniérée, aux manières prétentieuses, affectées et ridicules»; la restricción al ámbito femenino nos impide tomarlas en serio aparte de que ninguna de las dos muestran esa particularidad de «cursi» de querer demostrar algo que no se es, ese «bovarismo» celtibérico que tan bien le viene a nuestra palabra.

«Crâneur» y «poseur» son dos traducciones más dignas aunque tampoco invaden un terreno que no les es propio: significan «dárselas de», «presumir de», locuciones que no llegan ni de lejos a la omnívora capacidad acaparadora del bislabo «cursi», caracterizado entre otras cosas, por dones de omnipresencia. Este acaparamiento no se encuentra tampoco en «chichiteux», traducción que desechamos por limitarse al dominio gestual y que no cubre la ambición totalitaria de «cursi». «Guindé» se utiliza para el personal y un estilo artístico ampuloso, solemne y pretencioso; de su mano va «gourmé» insuficiente.

Pasemos ya a «snob», traducción propuesta por nuestros colegas franceses como la buena; nos lleva a rechazarla el que funcione en el ámbito de lo cultural y, sobre todo, que se aplique exclusivamente a personas. «Snob» es, desde luego, la traducción que más se acerca: hay en ella un pretender, un querer y no poder, una admiración por lo novedoso, un acercarse a otras clases sociales sin espíritu crítico; en español entró mucho más tarde que en Francia (1865) y nunca compitió cara a cara con «cursi» y nosotros la utilizábamos con sentido extranjerizante para

aquéllos que imitaban modas, gestos, posturas y vestimentas de allende nuestras fronteras.

Dice Valéry que «le vrai snob est celui qui craint d'avouer qu'il s'ennuie quand il s'ennuie; et qu'il s'amuse quand il s'amuse». ¡Benavente puro! Hoy mismo, uno de Noviembre, hemos leído una sobrecogedora crónica de la película «Los Puentes de Madison» que su autor, Ignacio Camacho, termina con la siguiente invectiva: «¡maricón el que no llore!»; vemos ahí la evolución de la palabra «cursi» desde Benavente a Ussía; el personaje de Benavente podría haber dicho «¡cursi el que llore!» pero nunca «esnob el que llore».

«Ringard» comienza a ser utilizado como adjetivo hacia los años sesenta con el significado de «mala calidad, pasado de moda, pretencioso» y suele aplicarse a cosas y espectáculos; aplicado a personas significa «incapaz o mediocre».

«M'as-tu-vu», persona imbuida de sí misma, que desea se fijen en ella, «quelqu'un qui se la joue», («qui s'y croit» o «qui la ramène»), alguien que «fait du genre» -artificial, gestual- y «BCBG» son palabras modernas cuya competencia con cursi es remota, puntual y efímera.

### **3.-CONCLUSIÓN**

La palabra «cursi», en este campo semántico, es la única que cubre los tres reinos (por no decir los cinco elementos); un hombre, una mujer, un animal pueden ser cursis; una piedra (preciosa o no), también. Una planta, una flor pueden ser cursis. Aquí, en la baja Andalucía, hasta un Cristo o una Virgen pueden ser cursis.

N.B. En andaluz el plural de cursi» es «cúrsiles».

¿Hay quien dé más?.

